

sorpresa; y después despidió a la muchacha sin darle siquiera alguna cosilla; porque—dijo— aquel día había dado ya su limosna. (Y realmente, Marta dá su limosna diaria; pero sólo cinco céntimos al primer pobre que encuentra; y cuando ha dado esa moneda y ha dicho: «Encomiéndeme a las benditas ánimas del Purgatorio», se ha puesto en paz con su conciencia, y todo lo demás no le importa un comino).

Entretanto, yo pienso y digo: «Aquella muchacha, si no se ha perdido ya, sin duda, se perderá muy pronto». Sí; pero ¿qué me importa todo esto? Yo, ahora, estoy cuerdo; ya no debo pensar en estas cosas. ¡Sólo debo pensar en mí! ¡Esta es mi nueva enseña! Ha sido necesario un gran esfuerzo para que yo imprima ese título a todos los actos de mi nueva *vida*, llamémosla así. ¡Sea lo que Dios quiera! Con no hacer nada... Por ejemplo: si ahora me detengo ante una ventana donde yo sé que hay gente que llora, debo ver allí en el acto mi extraviada y demacrada imagen, la cual, asomándose, tiene el deber ineludible de gritarme, moviendo la cabeza y llevándose el índice de una mano al pecho: «¿Y yo?»—¡Eso es!

Luego, en todo momento, debo decir lo mismo: «¿Y yo?»—Esta es la base de la verdadera cordura.

En cambio, cuando estaba loco...

## I I

## FUNDAMENTO DE LA MORAL

Cuando estaba loco, apenas me sentía en mí mismo, lo que equivale a decir que no habitaba en mí. En efecto, me había convertido en una hospedería abierta a todo el mundo. Y si con las manos me golpeaba la frente, advertía que siempre tenía gente alojada, pobrecillos que necesitaban mi ayuda, del mismo modo que tantos otros inquilinos como llevaba albergados en el corazón. No puedo afirmar que mis brazos y mis piernas estuviesen a mi servicio tanto como al de aquellos infelices que en mí residían y me enviaban de acá para allá en sus continuas necesidades.

Y no podía, en mi conciencia, decir «yo», sin que inmediatamente un eco no me repitiese: «Yo, yo, yo»... de tantos otros como llevaba dentro en animada algarabía. Hasta el extremo, por ejemplo, de que si tenía hambre y me lo decía a mí mismo, todos repetían en mí, a su vez: «*Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre*»... Y me era necesario atenderlos, aún con la amargura de no poder acudir a todos.

Me concebía, en suma, casi en sociedad de socorros mútuos con el universo; pero, como yo en-

tonces no necesitaba nada, aquel «mutuos» sólo tenía valor para los demás.

Lo curioso, entretanto, era esto: que creía razonar mi locura; más aún, si debo decir toda la verdad sin avergonzarme, había llegado hasta trazar el esquema de un tratado *sui generis* que pensaba escribir con el título: *Fundamentos de la moral*.

Guardo en un cajoncillo los apuntes para este tratado, y de vez en cuando, durante la noche (mientras Marta, como de costumbre, en otro lado descabeza un sueñecillo despues de la cena) los saco y los releo poco a poco, a escondidas, con una cierta delectación y maravilla, lo confieso, porque es innegable que razonaba bien, aún cuando estaba loco.

Debería echarme a reir: pero, quizás no lo consigo por un motivo enteramente ajeno a todos aquellos razonamientos, que, en su mayor parte, enderezábanse a redimir a la infeliz que fué mi primera esposa, de la cual hablaré luego para ofrecer la prueba más concluyente de mis destinos en aquellos tiempos.

De estos apuntes infiero que el tratado sobre *Fundamentos de la moral*, debería, en mi concepto, consistir en diálogos entre la que fué mi primera mujer y yo, o quizás en apólogos. Un cuaderno, por ejemplo, se titula: *El joven tímido*, y por cierto alude a un buen muchacho, hijo

de un tendero de pueblo, en relación de negocios conmigo; el cual muchacho, enviado por su padre venía a la ciudad a visitarme. Mi mujer lo invitaba para gozarse en su cortedad, mientras comíamos. He aquí algunas notas de mi cuaderno:

«Dime, Mirina: ¿dónde tienes los ojos? ¿No ves que este pobre muchacho se ha dado cuenta de que quieres burlarte de él? ¿Lo crees tonto, verdad? Y sin embargo es tan solo tímido, tan tímido, que no sabe defenderse del ridículo en que lo pones, aun cuando íntimamente sufra. Si el sufrimiento de este joven no tuviese para tí solo las apariencias de una distracción; si no tuvieses solamente conciencia de tu triste placer, sino también al mismo tiempo de su dolor, ¿no te parece evidente que cesarías de hacerlo sufrir, porque la conciencia del dolor ajeno turbaría y aún destruiría tu deleite? Actúas, pues, Mirina, sin el cabal sentimiento de tu acción, de la cual adviertes el efecto tan sólo en tí misma...»

Cierto. Y vamos: no está mal concebido el razonamiento para un loco. ¡Lástima que yo no comprendiese entonces que una cosa es razonar y otra vivir! Y casi la mitad de los infelices a quienes se tiene reclusos en los manicomios ¿no son, quizás, gentes que quisieran vivir según comúnmente, en abstracto, se razona? ¡Cuántas pruebas, cuántos ejemplos no podría citar si ya hoy todo cuerdo no reconociese como irracionales

incontables actos de la vida, usos y costumbres, de tal naturaleza que sería tenido por loco quien tratara de razonarlos!

Así era yo, en el fondo, tal como en mi tratado me describía. Y no lo hubiese advertido sin el auxilio de las luces de Marta.

Entre paréntesis, ya que hablamos de estas cosas: los que no admiten la idea de Dios porque la creen fundada en un sentimiento contrario a la razón, podrían ver en mi tratado como la razonaba yo, y cuán sólida era, además, la vida que le daba en el pensamiento. Convengo ahora, sin embargo, en que este sería un Dios difícil y totalmente inasequible para la gente cuerda; ya que quien quisiera reconocerlo y llegar hasta él, debería actuar como yo actuaba entonces, esto es, cuando estaba loco; debería actuar, en suma, respecto de los demás, como si al mismo tiempo tuviese conciencia de sí y de ellos, de ellos, que no son en verdad más que conciencias como la nuestra. Quien esto hiciera y a las demás conciencias atribuyese idéntica realidad que a la suya propia, alcanzaría necesariamente la idea de una realidad común a todos, de una verdad y aún de una existencia, más allá de nuestros límites, en donde vive el sér universal: esto es, Dios.

Pero todo esto, lo repito, no es para la gente cuerda. Sin embargo, resulta curioso que mientras yo (siguiendo nuestra vieja costumbre de

abrir algún buen libro antes de acostarnos) leo, por ejemplo, *Las Florecillas* de San Francisco, Marta me interrumpe alguna que otra vez exclamando con unción llena de maravilla:

—¡Qué admirable santo!

Cierto. Será tentación del demonio, pero yo dejo el libro sobre mis rodillas y la miro por si es sincera su admiración. Seamos lógicos, vamos: o San Francisco, para ella no está cuerdo o soy yo quien está loco. Aunque estoy convencido de que los cuerdos deben ser lógicos solo hasta cierto punto.

Pero volvamos a cuando estaba loco.

Tener la plena inteligencia del ser era para mí el ideal, la aspiración suprema. Quería vivir el dolor ajeno como el mío propio, la alegría de los demás como la mía. Y quería vislumbrar una relación arcana entre las palpitaciones de mi corazón y el palpar de las estrellas en el cielo.

En los atardeceres, en el campo, mientras de lejos me llegaba el sonido pastoril de las cornamusas que abrían la marcha de los segadores en tropel de regreso a la aldea, con las carretas colmadas de trigo, parecíame que el aire, en el que la vida entera se bañaba, tornábase más sutil, casi más íntimo: y que yo viese más allá de donde comúnmente vemos. El alma, suspensa y fascinada en aquella sagrada intimidad de las cosas, se asomaba hasta el umbral de los sen-

tidos y percibía el más suave hálito, el más leve rumor. Y en mí se hacía un gran silencio atónito, tanto, que un vuelo cercano me sobresaltaba y un lejano gorjeo me arrancaba un sollozo de júbilo, porque me sentía feliz ante los pajarillos que en aquella época no padecían frío y hallaban en los campos abundante cebo; feliz como si mi aliento los calentase y mi pecho los nutriese. Y penetraba en la vida de las plantas; y, poco a poco, ascendía sobre todo lo pequeño recogiendo en mí la vida del universo hasta sentirme transfigurado en el mundo, como si los árboles fuesen mis miembros, la tierra mi cuerpo, los ríos mis venas y el aire mi alma; y avanzaba unos pasos, así, extático y penetrado de esta inmensa, sublime ilusión.

Desvanecida ésta, quedábame anhelante como si de veras, en mi débil pecho, hubiese recogido la vida del cosmos.

Sentábame al pié de un árbol, y entonces, el genio de mi locura comenzaba a sugerirme las más peregrinas ideas: que la humanidad necesitaba de mí, de mi palabra exhortadora: voz de ejemplo, palabra de hecho. De pronto, me daba cuenta de que deliraba: «¡Ea—decía entonces,—volvamos, volvamos a la realidad!»... Y volvía a ella; pero no para verme a mí sino para ver a los otros como ellos se veían, para sen-

tirlos y amarlos en mi conciencia, como ellos querían ser amados.

Pues bien: concibiendo y reflejando de este modo, en el espejo interior de la conciencia, a los demás seres con una realidad igual a la mía; llegando por este medio también a la concepción del Ser en su unidad, toda acción egoísta, es decir, toda acción en la cual la parte se erige en el lugar del todo y lo subordina, era natural que me pareciese no solo ilógica, sino fundamentalmente irracional. ¡Ay! Sí. Pero mientras yo caminaba por mis campos pisando levemente la tierra, cuidando de no hollar ni una florecilla, de no destruir ni un insecto, cuyas brevísimas vidas también vivían en mí, los demás me robaban mis tierras, mis casas; me despojaban sin escrúpulos.

Y ahora, heme aquí: *ecce homo*.

### III

#### MIRINA

El cirio bendito, cirio «de la buena muerte» que la santa mujer llevóse de la iglesia madre de la aldea natal, cumplía en aquel instante la voluntad de la difunta. Durante muchos años lo había guardado para sí en el fondo del armario, y ahora ardía sobre un alto candelabro de plomo y velaba con los recuerdos sencillos y amados de la